



LA DEMOCRACIA RADICAL

Santiago SANCHEZ TORRADO

Vamos conociendo por trayectoria política y por experiencia personal las posibilidades y limitaciones de la democracia, su importancia y su fragilidad, el verdadero alcance y la dificultad de una democracia realmente participativa. Esta «aventura» debe formar parte de la cultura del pueblo y constituye una propuesta —y una apuesta— de la izquierda.

La experiencia democrática alcanza los niveles culturales y económicos de la población como necesario complemento de la democracia política formalmente entendida. Con radicalidad y agudeza señalaba Agnes Heller que el objetivo de los partidos políticos es la toma del poder y la abolición del pluralismo, y denunciaba también su creciente interclasismo y burocratización. Sólo la profundización y extensión auténticas de la democracia garantizan su continuidad y vigencia, su valor real para los ciudadanos. Porque la democracia consiste en la búsqueda y satisfacción de las necesidades e intereses comunes, para lo cual conviene establecer prioridades en un clima de verdadera colaboración (Victoria Camps, *Ética, retórica y política*, Madrid, Alianza, 1990).

Es realmente hermosa, certera y sugerente la afirmación de Stuart Mill sobre el cometido principal de la democracia como el de «promover la virtud y la inteligencia del pueblo». Aprender el sentido de la responsabilidad social equivale a descubrir el sujeto de la democracia. Pero el concepto de responsabilidad incluye de forma prioritaria la atención a las miserias y contradicciones de nuestra sociedad encarnadas en personas y en situaciones concretas. El pensamiento y el sentimiento, la razón y la compasión solidaria son los núcleos de la libertad. Mill distingue también entre la libertad de gustos y de fines, que no son necesariamente excluyentes.

Con una actitud profundamente aleccionadora, insiste Victoria Camps en el libro citado en un hecho tan palmario como contradictorio: nuestro proclamado pluralismo no es real, porque los diversos estratos de marginados «enriquecen» el pluralismo social sin que, en cambio, participen como representantes de ese pluralismo. Los intereses de los desposeídos no aparecen en el juego de fuerzas reales porque nadie los defiende ni los representa. Estamos aún muy lejos de una realidad de igualdad mínimamente digna y presentable.

Para Lafontaine, la conciencia de responsabilidad social es uno de los componentes esenciales de la cultura política (*La sociedad del futuro*, Sistema, Madrid, 1989). «Osar más democracia» significa asumir una mayor responsabilidad. Es preciso establecer una estructura pluralista de poder, porque una sociedad democrática ha de poseer la libertad de repartir equitativamente su bienestar. El mercado necesita una regulación equilibrada por parte del Estado: por ello la economía de mercado precisa de constantes correctivos políticos. Vamos alcanzando así el necesario concepto integral de bienestar, que aglutina los niveles económicos, políticos y culturales en una dimensión totalizadora y cualitativa.

Pero la responsabilidad personal y social es también un proceso de aprendizaje; de ahí el interés de una cultura política y democrática. La democracia seguirá siendo atractiva si contribuye a abrir perspectivas de vida, de desarrollo y de trabajo que hagan trascender la emancipación individual más allá de lo material.

Profundizar en el discurso de la participación —procurando evitar la retórica— constituye el gran objetivo y el correctivo fundamental de la democracia, avanzando en las propuestas concretas que ofrece el mismo hecho participativo, siendo conscientes de las resistencias de todo tipo que se le oponen, externas e internas, pero no abandonando el empeño de imaginar y consolidar los posibles ámbitos de la participación y muy principalmente el de la educación popular como nutrición y ejercicio del fenómeno participativo y de su dinamismo.

Lafontaine insiste también en que es preciso tomar en serio las reformas que propugnan los programas socialdemócratas y que los desbordan si se llevan a la práctica. Una reforma del Estado de bienestar hecha con profundidad y rigor es un camino estimulante y exigente.

¿Puede hablarse de una cultura política y democrática que se considere y sea de verdad anticapitalista? Para ello se requiere volver a las raíces del pensamiento de la izquierda, manteniendo firme la razón de ser del socialismo y de la misma democracia, y dando orientación y consistencia al debate político. Las actitudes morales de resistencia y de emancipación pueden y deben adquirir apoyo gracias al sustrato que ofrece una cultura popular elaborada en contacto con las bases sociales, enraizada en sus demandas y expectativas, inductiva y dinámica en su metodología, operativa y concreta en su proyección.

Norberto Bobbio ha insistido en el necesario cumplimiento en profundidad de los derechos cívicos y de los derechos de las minorías para realizar la democracia, así como en el carácter de correctivo o de complemento que ostenta la democracia directa respecto a la democracia representativa, pero no como su superación o sustitución (González y Quesada, 1988, 21, 38 y s.). Otras caracterizaciones no tan formales de la democracia que debemos a Bobbio son la democracia como mercado y la democracia como compromiso. El mercado político en la democracia se da a dos niveles: el «gran mercado» de la negociación y pacto entre los partidos y el «pequeño mercado» que supone cada proceso electoral. Existe una indudable relación entre ambos. La democracia como compromiso se produce a varios niveles, y el más problemático de ellos es el pacto entre mayoría y oposición política.

La crítica de la democracia real se centra para Bobbio en los límites de validez, de aplicación y de eficacia de la misma. Se está produciendo en nuestros días una apatía política generalizada, debida en buena parte a la «cultura de súbditos» que se fomenta, al clientelismo, al desarrollo acelerado de la tecnocracia y de la burocracia. El contraste creciente entre el proceso democrático y la sociedad de masas son otros factores que conforman dicha apatía política y no contribuyen a la autenticidad de la democracia.

Acaso la única salida digna para la crisis de la democracia que desde tantos ángulos observamos sea la adecuada integración recíproca de sus dos dimensiones fundamentales: la directa y la representativa.

José María Mardones aborda los aspectos fundamentales de la filosofía política de Jürgen Habermas y su aportación para una teoría de la democracia. Su propuesta inicial es analizar la penetración de la razón instrumental en el ámbito político. En gran medida, los problemas

«políticos» se han disuelto en «técnicos». La reflexión se presenta siempre como camino de emancipación con el objetivo de que el hombre «se haga a sí mismo». Habermas propone la apasionante tarea de la liberación mediante la decisión racional. Y como horizonte político, el profundizar en el Estado de derecho democrático y social. Para ello no se descarta la incidencia de la ciencia y de la técnica en la política, así como el control político del desarrollo económico. El hecho persistente de la despolitización de las masas se debe en buena parte a que la acción política ha degenerado de racionalidad comunicativa en mera tarea instrumental. El sistema o modo de producción sustituye a la dimensión moral y política. Lo que se ofrece no es una ideología más, sino una definición tecnicista de la vida, con lo cual la lucha de clases queda redefinida, permanece en estado latente y es desplazada hacia problemas periféricos de tipo técnico-económico o de consumo.

Estudiando también el pensamiento ético-político de Habermas, denuncia Javier Muguerza el eclipse de la razón en nuestro tiempo. Tecocracia y despolitización se complementan mutuamente y conducen a la pérdida de función de la participación democrática en las tareas de decisión. Pero sigue siendo apremiante el objetivo de lograr una comunicación humana libre de dominación, en fidelidad a la consigna marxiana de realizar al «hombre como ciudadano» más que al «hombre como individuo». Para Habermas, debe desaparecer la dicotomía entre moralidad interna y externa, lo que constituye una reformulación a otro nivel del problema de la conciliación entre la sociedad civil y la sociedad política.

En esta perspectiva, los intereses humanos fundamentales son la comprensión comunicativa, la autorreflexión, la razón como búsqueda de la verdad y como realización de la justicia. El «interés de la razón» asumiría como tarea la de librar de dogmatismo a nuestro conocimiento y a nuestra acción y la de instaurar en los ámbitos de la vida social del hombre el dominio de la razón teórica y práctica, lo que posee una indudable vertiente ética. Se abre así la posibilidad de resolver la subjetividad racional en intersubjetividad, en «razón dialógica», sin que ello suponga arrojar por la borda la doctrina habermasiana del interés ni restaurar una concepción pura o «desinteresada» de la racionalidad misma.

Carl Schmitt ha afrontado la interpretación dialéctica de dos movimientos contrapuestos pero históricamente condicionados: la despolitización de la vida pública por el liberalismo y la politización del Estado por la democracia. Y resalta las dos formas por excelencia de dominación capitalista: la integración más o menos manipulativa y la represión.

Para Claus Offe, la entrada en el mercado político obliga a una desradicalización de la ideología del partido. La necesidad de ampliar al

máximo el electorado supone la disolución de la identidad colectiva y la desactivación de los militantes de base frente a la creciente profesionalización y burocratización de la política. Como consecuencia de este proceso se obtiene la garantía de que la estructura del poder político no se desviará en exceso de la estructura y orientación del poder socioeconómico.

Offe critica también la regla de mayorías propia del parlamentarismo, cuestionando la «autenticidad» democrática de tales mayorías. En su opinión dicho proceso se encuentra excesivamente teñido de ideología, ya que los cauces institucionales de representación configuran de hecho más que expresan la voluntad popular. Las «iniciativas ciudadanas» presentan asimismo una seria dificultad para prosperar y consolidarse, debido a su gran fragmentación y a la posibilidad de ser fácilmente integradas en el sistema.

A pesar de estas apreciaciones, es preciso reconocer la informalidad organizativa y el recurso a tácticas poco convencionales como características propias de los movimientos sociales, así como su capacidad para propiciar una alianza social interclasista, lo que les confiere una mayor facilidad para conectar con sectores más amplios de la población.

Para que haya una sociedad más equitativa y humana hace falta un sistema político más participativo. De ahí que el horizonte y la tarea fundamental sea cómo caminar hacia una democracia realmente participativa, «que impregne la vida entera», según la bella expresión de Macpherson. Lo cual implica la recuperación consciente del valor del desarrollo personal y del sentimiento de comunidad. La democracia social debe ser el complemento de la representación política, que es una forma necesaria pero insuficiente de la democracia. Y esa democracia social conlleva el pluralismo y la superación del optimismo tecnológico, así como un alto grado de racionalidad y de participación efectiva de la ciudadanía. Todo este proceso nos hace ver cómo la cultura y la política constituyen un todo inseparable y cómo la reconstrucción de una nueva conciencia política pasa por la complementariedad efectiva de los movimientos sociales y de los partidos políticos, en una articulación dialéctica y dinámica entre ambos. La democracia social alcanza asimismo —obviamente— a una planificación democrática de la economía y a su gestión corresponsable y transparente.

Horkheimer ha insistido también ampliamente en el tema de la mayoría en relación con la democracia. Si el fenómeno democrático no se apoya en bases racionales firmes está condenado a todas las manipulaciones y degradaciones. Se puede manejar y oprimir a una masa de hombres en nombre de la democracia, y existen abundantes referencias históricas que lo confirman. El único antídoto eficaz contra ta-

les peligros es la preocupación activa por el hombre reflejada en la estructuración sociopolítica de la convivencia.

La exigencia de participación a todos los niveles como programa para lograr progresivamente una democracia real implica la necesidad de controles sociales mayores y más efectivos, y especialmente —vale la pena insistir en ello— un control público democrático del desarrollo económico y de las cuestiones directamente relacionadas con él. La democracia verdadera equivale también a una organización colectiva de la calidad de vida en los terrenos de la salud, el urbanismo, la cultura, el consumo, la creatividad artística, etcétera. Es preciso insistir en la importancia de los movimientos sociales en este campo, pero señalando al mismo tiempo que existe un cierto desfase entre los argumentos y estrategias que presentan y su escasa articulación política.

La misma población que aspira a una mayor participación y a una mejor calidad de vida ha perdido de algún modo su confianza en la democracia. El trabajo de «politización general» llevado a término por el Estado y la escasa participación social reinante han conducido a ello. Esta situación preocupante e insatisfactoria, ambigua y que nos lleva a una perplejidad a veces paralizante, puede dar paso a un talante más radical y auténtico de identificación profunda con la humanidad y con la vida, de distanciamiento crítico del poder, de afán transformador de la realidad. La resistencia y la protesta, la movilización y la denuncia son expresiones concretas de ese talante. La democracia radical como actitud personal y como organización colectiva supone el rechazo tanto de la rigidez burocrática propia de los sistemas totalitarios como de la «difuminación» interclasista. Es preciso alumbrar nuevas formas de vida imaginativas y coherentes que abarquen lo cultural, lo económico, lo laboral y lo educativo. Es también necesario incidir más profundamente en el terreno de la autonomía y de la autogestión a diversos niveles. El empeño de una democracia radical y sinceramente participativa se conecta con la utopía y con la exigencia de solidaridad, de la libertad en la igualdad, que son atributos y valores de hondo contenido ético.

Todo este entramado forma parte de una cultura política democrática. Ya he señalado cómo un creciente intervencionismo estatal ha generado un vaciamiento político progresivo de la sociedad, a lo cual se añade el predominio de los intereses corporativistas sobre los valores universales que actualmente se percibe. Pero la genuina tradición democrática sigue articulada en torno a la idea de la participación y del control comunitario de la vida social y política.

Algunos políticos han abogado repetidamente por la democratización integral de la sociedad, insistiendo —como Achille Occhetto— en la contraposición entre democracia sustantiva y formal. Me parece más adecuado hablar de complementariedad entre ambas. La democra-

cia tampoco es neutral y debe afianzarse desde la perspectiva de una atención prioritaria a los derechos de los últimos, de los desheredados, de quienes han recibido un mal trato en el reparto desigual de los bienes de esta tierra. Un cierto carácter compensador no es un atributo vergonzante de la democracia.

La interdependencia entre los distintos sectores sociales es una «idea-guía» de notable fecundidad para el asentamiento de la democracia y para una reflexión cultural sobre la misma, que exige un severo esfuerzo de convergencia entre los distintos factores que configuran la sociedad (Achille Occhetto). Ello supone para el político italiano una nueva cultura de la empresa, unas nuevas reglas de democracia industrial, transformar de raíz el modo de ser del sistema político, dar prioridad a los programas sobre los partidos, definir el marco general de actuación y las tareas de la nueva euroizquierda y dotarse de nuevas estructuras organizativas contra el dirigismo y el verticalismo imperantes en el mundo político.

La articulación dinámica entre el ámbito social y el político —inseparables e interdependientes— conlleva reconsiderar el mundo asociativo en toda su posible vitalidad, en su carácter de aprendizaje concreto de la democracia y de intento de construir una política ciudadana desde la base social, procurando superar los peligros de populismo, de personalismo y de «gestionismo» que frecuentemente acechan a cualquier empeño en este sentido. Tales empeños —si se hacen con la sensatez requerida— suelen implicar un valioso proceso de autoeducación popular, muy pegado a la difícil y compleja tarea de articular una democracia realmente participativa. Este mismo proceso favorece la sensibilidad para descubrir problemas y proponer soluciones mediante iniciativas populares, consultas de carácter local, sondeos estadísticos, comisiones informativas, consejos sectoriales, todo ello inserto en una clara dinámica de desconcentración y descentralización, lo que fomenta un sentimiento de apropiación y de implicación activa en los ciudadanos.

La línea a seguir es la de partir de ámbitos concretos y relativamente pequeños de análisis y de actuación, en procesos ascendentes que arranquen de las demandas más sentidas por la población para obtener credibilidad y viabilidad. La confluencia del sector político con el técnico y el ciudadano posee una demostrada eficacia. En este sentido, resulta obvio que la protesta social y la lógica ciudadana son algo muy distinto del poder político y requieren un alto grado de conciencia colectiva, así como un nivel de ductilidad que la práctica política de carácter profesional o representativo no suele ofrecer.

Se va perfilando así el horizonte hacia una sociedad alternativa con nuevos escenarios, paradigmas y potencialidades, con una oferta de soluciones plurales y complementarias: la calidad de vida en las situa-

ciones concretas, la atención a lo que la gente siente y piensa de forma expresa o latente, una nueva manera no partidista de hacer política tendiendo al concepto de «ciudadanía integral» y explorando territorios relativamente inéditos, y diferentes.

Se trata de llegar a más, de extender la democracia, de vivir mejor: son las dimensiones cuantitativa y cualitativa de una misma tarea que atiende a lo inmediato y a la vez se preocupa por la construcción social de los fines y de los medios para llegar a ellos. Es una tarea de creatividad y de felicidad colectivas, aunque la formulación suene retórica o anticuada. Es un empeño que debe ser radical y global, que tiene el color y el dinamismo de lo concreto, en una interrelación de sujetos y objetos de análisis, en una investigación-acción de carácter permanente, en una reflexión y en una práctica que mutuamente se enriquecen. Todo ello se engloba y se formula en el concepto y la realidad de cultura política, que necesariamente ha de ser operativa y transformadora.

Cuando lo que se conoce como «política oficial» se ha reducido prácticamente al ejercicio de la administración y al cultivo de la retórica, resulta imperativo propiciar y dinamizar una cultura política que favorezca la participación ciudadana y que salga al paso del vaciamiento que se ha operado en los instrumentos tradicionales de participación política desde la base. Como ha afirmado Pietro Barcellona (*Mientras tanto*, nº 45, 71 y s.), el parlamentarismo y el multipartidismo son fenómenos bastante específicos de la sociedad capitalista y que conocen —como sabemos— una notable erosión y son objeto de múltiples cuestionamientos en nuestros días.

El ecologismo político y la pluralidad de las culturas emancipatorias son otros objetivos importantes de un intento transformador de la sociedad. Lo que debe extinguirse no es la política sino el Estado separado de la sociedad mediante la creación de instancias e instituciones políticas nuevas que permitan acciones alternativas concretas y emancipadoras. El conocido como «Manifiesto ecosocialista» (*Por una alternativa verde en Europa*) plantea, por ejemplo, una transformación de tipo multidimensional, generalizada, que supone todo un desafío técnico y político. Su modelo de referencia es el concepto de «ciudadanía integral»: igualitaria, directamente participativa, solidaria, ecológica y creativo-evolutiva. De este modelo se derivan cuatro ejes básicos en la dimensión del comportamiento: resistir, reflexionar, reorientar y reagrupar. Se trata de ir hacia tipos inexplorados y relativamente desconocidos de organización política, en la que los partidos juegan solamente un papel transitorio y parcial. (*Mientras tanto*, nº 41, p. 59 y s.).

Para Macpherson, el concepto de clase social se entiende en términos de propiedad productiva, lo que origina la separación entre ricos y

pobres. La democracia es un medio necesario aunque no suficiente de la organización sociopolítica, y Macpherson la concibe como un desarrollo global e integral de los ciudadanos. El proceso político democrático no es capaz, sin embargo, de superar la división de clases y la explotación social. Según Dewey, la democracia es la vida en común libre y enriquecedora, pero reducida siempre a los severos límites de un pragmatismo sobre el que no cabe albergar excesivas esperanzas. Resulta muy cuestionable la calidad democrática de una sociedad dominada por motivos de lucro individual o empresarial. Una necesidad esencial de la sociedad democrática es para Dewey —y para muchos otros desde él— mejorar el debate político y asegurar el control social de las fuerzas económicas, apelando al humanismo democrático más que a la maquinaria democrática y confiando en la eficacia del pluralismo.

Schumpeter entiende la democracia como un instrumento de mercado. Pero se impone establecer sin dilación el paso de una condición de consumidores-propietarios-espectadores (la que hoy disfruta una mayoría de nuestra población) a la de ciudadanos, basada en el sentimiento de comunidad, reduciendo la actual desigualdad social y económica y resaltando la interdependencia que existe precisamente entre esos dos factores.

Acaso no somos suficientemente conscientes de los costos de la apatía política imperante y de la insuficiencia de las formas tradicionales y rutinarias de la acción colectiva, como también ha señalado Macpherson. La falta de participación favorece la concentración de poder, la cual va anulando o mermando a su vez la capacidad futura de participación cívica. La experiencia participativa aporta, por el contrario, distancia crítica y capacidad de objetivación. Cabe formular también dudas razonables sobre la virtualidad del capitalismo para satisfacer las expectativas de los consumidores, al mismo tiempo que reproduce y aumenta sensiblemente la desigualdad entre ellos. Lo cual, unido a los previsibles costos sociales del crecimiento económico y de la desmotivación política, favorece la conciencia de una necesaria y mayor participación democrática, que Macpherson concreta en la equilibrada combinación del sistema directo con el de partidos.

El miedo, la indiferencia y la pasividad caracterizan a la época que vivimos. La cultura es ante todo un instrumento para la toma de conciencia, mediante la cual la sociedad profundiza su libertad. Si se pretende regenerar a esta sociedad maltrecha, hay que empezar a vivir la política como una ética de lo colectivo, más allá de la técnica y de la estrategia instrumental, puramente funcionalista, hecha para satisfacer algún interés privado o meramente material. Por muchos motivos se añora esa necesaria dignidad moral en hábitos y comportamientos que difícilmente se percibe. Por eso es tan importante organizar una cultura popular y crítica con unos objetivos claros, unos contenidos bien

ceñidos a la realidad, una metodología inductiva y concreta, que sin duda contribuirá a formar una subjetividad solidaria y se multiplicará en iniciativas generadoras de valores. Dicho de otra manera: una ética personal y ciudadana vivida con mediaciones culturales y políticas.

Un dato cultural de primera importancia es el sentido de pertenencia a un grupo social, el respeto a la identidad de los colectivos, a la transmisión de las creencias básicas en el marco de la tradición cultural. Este dinamismo puede ser el sustrato regenerador de lo que tantos autores —Mandel entre ellos— han llamado la «democracia disminuida», que es la que actualmente tenemos. Como contrapartida y correctivo, Mandel propugna una democracia de los productores, de los consumidores, ecologista, solidaria-igualitaria, internacionalista y de ciudadanos soberanos.

¿Es viable una democracia sin la base material y económica adecuada para su desarrollo? ¿Resulta simplemente gobernable el mundo actual en la situación que ésta padece —especialmente América Latina, y todo el tercer y cuarto mundo, pero también Europa, de otra manera— tanto para la derecha como para la izquierda? Son preguntas decisivas, imprescindibles para corregir tantos errores cometidos y para reavivar las perspectivas de futuro —a veces muy débiles e inciertas— que seamos capaces de alumbrar y que nunca estarán lejos de esa «cultura de la totalidad» sensible a los problemas de los hombres.

Otros ilustres pensadores —filósofos y sociólogos principalmente— han dedicado su tiempo a reflexionar sobre la cultura democrática. Para Durkheim la realización de la democracia supone tres ejes interrelacionados: la racionalidad (equilibrio entre medios y fines), la comunicación (intersubjetividad y construcción-reconstrucción del consenso) y la acción (fundada en el conocimiento científico-técnico y orientada a unos valores). «Un pueblo es tanto más democrático cuando la deliberación, la reflexión, el espíritu crítico desempeñan un papel más considerable en la marcha de los asuntos públicos. Es tanto menos democrático cuando el inconsciente, los hábitos no conocidos, los sentimientos oscuros, los prejuicios —en una palabra— sustraídos al examen racional son más preponderantes» (en Juan Carlos Geneyro, *La democracia inquieta: E. Durkheim y J. Dewey*, Anthropos, 1991, 27). Durkheim amplía después esta idea de que en la medida en que la conciencia colectiva se vuelve más racional y reflexiva, se hace menos imperativa y, en consecuencia, favorece más el libre desarrollo de las características individuales. De ahí la importancia de todos los espacios y cauces de debate, de las asambleas deliberativas previas y posteriores al sufragio, del diálogo y de toda forma de argumentación. Durkheim insiste repetidamente en la necesaria racionalidad pragmática de toda teoría polí-

tica, a cuya racionalidad va indisolublemente ligada la libertad. Y Geneyro aporta en su estudio una penetrante cita de Victoria Camps, quien afirma que la libertad en sí no es nada si no se la cualifica, si no se tiene en cuenta quién la defiende y de qué manera lo hace; los fines y los medios no pueden ni deben concebirse por separado (Geneyro, 1991, 135).

La libertad de expresión y de comunicación poseen una efectiva vigencia. Una condición de la democracia es el carácter racionalmente público de las opiniones individuales en lo referente a valores, necesidades y expectativas. La información por parte de los medios de comunicación que habitualmente recibimos es dispersa y fragmentada; su sensacionalismo frecuente y la saturación que dicha información produce arrastran a la impotencia y a un cierto fatalismo.

Como destaca Geneyro (1991, 155), la democracia es un principio educativo y una forma de vida personal y social. Cada generación tiene el derecho y el deber de rehacer la democracia y su cometido moral. La causa de la democracia es la causa ética de la dignidad y del valor de la persona.

Ya he afirmado que una contribución importante a la cultura democrática proviene de acabar con la separación entre lo ético y lo político. La educación moral es una garantía para profundizar en las formas de vida democrática, siendo ésta ese elemento cualitativo que impregna todo el funcionamiento de una comunidad. Una sociedad que sabe conciliar el interés individual con el general, que está adiestrada para el consenso, es una sociedad democrática. El desarrollo de una sociedad así requiere competencias racionales, habilidades de diálogo y actitudes básicas de autonomía personal y de respeto hacia los otros, de vinculación estrecha con la justicia y de utilización del debate como instrumento para favorecer el pensamiento y la acción democráticos.

Esta acción cultural y educativa desembocan en la participación democrática y responsable en la toma de decisiones que afectan a la comunidad, a su vida y a sus intereses reales. La participación es una actitud que se aprende. Métodos y técnicas encaminados a ello pueden ser el discutir cuestiones concretas que implican aspectos morales y de valor cultural, la adopción de roles diversos en un clima de veracidad y de confianza, la mediación en la resolución de los conflictos, el establecer reglas de comportamiento, la comprensión de conceptos como el de democracia misma, ley, justicia, etcétera. Todo este trabajo va configurando una comunidad política en el sentido más auténtico de la palabra, consciente de su debilidad y de su valor, esperanzada y tenaz para superar sus propias insuficiencias. Y esta tarea supone también reconstruir permanentemente tanto las estrategias culturales como los enfoques teóricos desde sus mismos puntos de partida.

Una tarea de educación política y democrática debe partir de la situación más bien negativa en la que nos encontramos: desencanto, indiferencia, pasividad, individualismo consumista, etcétera. Además de ello se precisa abordar con rigor las razones que subyacen a estos hechos e intentar dar argumentos para remotivar y dinamizar una participación ciudadana y política en buena parte abandonada. Los contenidos de este trabajo cultural pueden aproximarse a un mejor conocimiento de la democracia: sus formas y límites, cauces, instituciones y posibilidades. Asimismo es atrayente y necesario diseñar los espacios y lugares de participación (movimiento asociativo y ciudadano, etcétera, hasta llegar también a ámbitos más concretos). Resultará conveniente además elaborar unos ciertos análisis sumarios pero suficientes —de carácter sociológico y económico, sobre todo— para poder interpretar con objetividad a partir de éstos las demandas reales de la población y responder adecuadamente a ellas.

Toda esta tarea requiere una cierta infraestructura documental que posibilite y fundamente a su vez la realización de encuentros, debates, etcétera capaces de reanimar y consolidar las demandas de una democracia de base y el llevar a cabo movilizaciones, acciones de protesta y de denuncia con planteamiento de alternativas. Lo que sin duda beneficiará a la reconstrucción de nuestro tejido social y de nuestra cultura democrática.
